



1927
CAÍDO DE ESTE LADO

Ildefonso Vilches

1927
CAÍDO DE ESTE LADO



Primera edición: enero de 2024

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Ildefonso Vilches

ISBN: 978-84-10082-62-5

ISBN digital: 978-84-10082-63-2

Depósito legal: M-1694-2024

Editorial Adarve

c/ Luis Vives 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi abuelo: Francisco Vilches Pulpillo.
A Francisca Ruiz López y a Ildefonso Vil-
ches Garrido, mi madre y mi padre.*

AGRADECIMIENTOS

A Juan Pedro Vilches.

Al fin de la batalla,
y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre
y le dijo: «No mueras; ¡te amo tanto!».
Pero el cadáver, ¡ay!, siguió muriendo.

CÉSAR VALLEJO

España, aparta de mí este cáliz.

Poema XII: *Masa*, 1937

PRÓLOGO

Ildefonso nos traslada a mundos lejanos, apenas a algunos años atrás pero muy lejos. No hay tecnología que valga en aquel lugar tan distante, apenas a unos cuantos años sin luz de aquí y ahora. Son los años en los que España vivía aún en pueblos apagados, sin apenas agua, sin fútbol, sin nada. Empedrados desiertos que llevan hasta iglesias donde llorar por unos muertos olvidados de Dios desde que nacieron; almas sin más ambición que la de sobrevivir hasta el día del juicio menos pensado.

Como el *Preludio a la siesta de un fauno*, del genial Debussy, la tarde se cierne sobre los pobladores de aquel planeta reseco; música para una tarde de verano que Vilches interpreta después de comer, que nos recita evocando tiempos de siestas eternas —como en un relato mágico de García Márquez— que solo regresan cuando el poeta se detiene bajo la sombra de una higuera (a lo mejor la misma del ahorcado). Los *Campos de amapolas* del barbudo Monet también están presentes en esta obra, aunque aquí no encontremos a una mujer con sombrilla, sino a verdaderas hembras curtidas por el sol y la tristeza silenciosa.

Vilches es aquí poeta, dibujante y músico. Apenas escribe, dibuja siestas, colorea viñedos y pincha en el gramófono canciones de Raquel Meller que resuenan en la campiña eterna, entre braceros cansados de su destino.

Ellos creen que han venido en el tiempo equivocado, que no serán protagonistas de ningún relato y que su historia —seguramente— no interese a nadie. Frente a tanto desdén se aferran al sabor de las garrapiñadas, de los pasteles de pascua y al volar de las faldas que darán lugar a nuevos seres, acaso con una suerte distinta. Se creen perdedores valientes y olvidados, son tenaces en su subsistencia y viven deseosos de un final distinto al de sus ancestros y parientes, aunque ya saben que para sus historias nadie ha previsto finales felices.

Vilches es el gran rescatador y ha regresado a este tiempo tan distante, de «noches espesas y oscuras», para sacar del olvido a los esforzados que sirvieron de columnas sobre las que levantar un tiempo mejor. Ellos nunca lo supieron, murieron pensando que todo fue en vano y que su esfuerzo no sirvió de mucho, o no sirvió para nada. Nosotros sabemos ahora que no fue así.

«¿Quién me recordará? ¿Quién se habrá de acordar de mí? Yo, que no fui nadie, que no hice nada distinto, que pasé por estos sotos en silencio y cauteloso, sin generar estropicios ni besar a la princesa».

Tras tanta gravedad, el espacio-tiempo se detiene y un chispazo me devuelve a mi sitio en este universo de artefactos luminosos, donde convivir entre la idiotez y el confort que vosotros no conocisteis. Volveré a recordaros cuando el calor me devuelva el hilillo de sueño que perdí bajo la higuera del ahorcado o cuando vuelva sobre las hojas que acabo de pasar.

LUIS C. FOLGADO DE TORRES
Escritor y editor

PREÁMBULO

UNA ÚLTIMA COSA

Quién se iba a imaginar que, desde este claro en un bosque de fresnos, en donde me veo a veces acompañado por mi amiga hada del destino y en donde tengo mi casa, mi rosa rosa y un helecho en la puerta, una mañana suave de invierno te volvería a ver.

Quién iba a sospechar que, estando almorzándome un cacqui en la puerta de mi morada, a media mañana, una suave de invierno, mis ojos nublados volverían a reposar sobre los tuyos.

Quién podría abrigar que allí, devastado sobre la arena, en mitad del Monte Arruit, aguantando el fuego descomunal del enemigo y llorando por cada bala que segababa la vida de un compañero, aparecerías descalza con un cantarito de agua fría y clara.

Quién lo habría de pensar, después de tantos inviernos, suaves, en mitad de este bosque, una mañana en que me encontraba almorzando haría el amago de abrazarte, cuando ya no te esperaba, y en haciendo el gesto te vería desaparecer.

Yo no.

LA SIESTA

Las paredes encaladas salpican destellos de blancura. Cae la flama y el mucho calor en un pequeño pueblo de calles ahogadas y plazas exiguas. Son las horas centrales del día, en plena canícula, y el aleteo de las chicharras ambienta las siestas. Dentro, en el callejón de San Juan, en donde vive mi primo hermano Blas, uno angosto en el que los balcones parecen abrazarse, sus gentes lentamente se van sumergiendo en el sopor.

Tomás, el hortelano, que vive en la esquina, acaba de echar los postigos. Se restriega los ojos y se desabotona el chaleco. Ha comido guiñapos con liebre que su esposa Paca le ha preparado con amor y se encuentra satisfecho. Se va a echar la siesta.

Juan, el de la Angustias, carpintero, que vive un poco más acá, en la misma acera, apenas ha probado bocado; un nudo en la garganta le ha quitado las hambres. Es viudo de anteayer. Lloro y tan solo deja de llorar cuando se echa en la cama, ya rendido, y duerme, y hasta durmiendo le abaten miles de rumias que llegan a atorarle la mente. Se va a la cama, a tratar de descansar.

José, el carbonero, vecino de enfrente, lidia en voz alta con sus tres hijas y esposa. A menudo hacen partidas y a él, bajito, robusto y bonachón, casi siempre le toca el perder. Parece que el puchero de hoy no ha sido de su agrado. Se aparta y busca un rinconcito fresco en donde echar la siesta.

Desde lo más lejano del callejón, saliendo de los ventanales de los cuartos más altos, dos sombras abrazadas se proyectan sobre la fachada de enfrente dando pasos al ritmo, acompañándolos con movimientos armónicos y gentiles, fundiéndose en el espacio y en el tiempo con la hermosa voz de Raquel Meller. Son las hijas de don Joaquín, el boticario, que bailan *La violetera*, plantando una y mil veces la aguja del gramófono sobre el disco.

Él, mi primo hermano Blas, desde su cuarto y con la ventana entreabierta, tumbado en su cama porque está impedido, por fin cierra los ojos, dibuja media sonrisa en su rostro y se deja llevar por el ensueño.

Es domingo, media tarde, y poco a poco las gentes del pueblo se echan la siesta.